



HOGARES DON BOSCO

FORMACIÓN SALESIANA

ETAPA III

« DON BOSCO Y SU DEVOCIÓN A MARÍA »»

ORACIÓN

Leemos el Evangelio del día

DESARROLLO DEL TEMA:

LA SANTIDAD EN D. BOSCO

Don Bosco surgido en la floración de santos que embelleció el Piamonte (Italia) en el siglo XIX, tuvo el mérito de iniciar una auténtica escuela de santidad.

Si para su época tienen valor las diversas obras apostólicas que emprendió, el hecho de haber promocionado con óptimos resultados una forma peculiar de santidad, le hizo reconocer una genialidad espiritual que lo sitúa entre los grandes de la Iglesia, con una santidad fecunda, capaz de encarnarse posteriormente a lo largo de los siglos.

Al fin de lograr que la santidad fuera un mensaje atrayente y válido para todos sus destinatarios, D. Bosco quiso presentar su esencia con sencillez y realismo, adaptándola a la edad, a las situaciones de vida y a las interpretaciones culturales.

Y así surgen ese racimo de santos, primero a su alrededor y posteriormente en su escuela: Miguel Rua, Madre Mazzarello, Domingo Savio, Laura Vicuña, Luis Orione, Luis Guanela, Ceferino Namuncurá, Felipe Rinaldi, Eusebia Palomino, Luis Versiglia, Calixto Caravaggio, Carmen Moreno, María Troncatti, María Romero...

Varios de estos santos y beatos sintieron el primer impulso hacia la santidad en algún encuentro, quizás hasta fortuito, pero determinante con la persona del santo fundador.

Todo ello es señal clara de la fuerza con que sentían los hermanos la grandeza y el atractivo de la santidad de D. Bosco, y del modo como se creó en la congregación y en la familia salesiana, el favor espiritual que caracterizó su fisonomía, y que es el secreto de la audacia misionera de los orígenes, de la energía para la maravillosa expansión de la familia salesiana por todos los continentes y la razón de su ductilidad de inculturación, fruto de un instinto congénito de universalidad.

Todo ello testimonia el designio especial que Dios concedió a D. Bosco en el don de santidad personal y apostólica en cuanto fundador (E. Viganó)

D. Bosco, toda actividad, a la hora de hacerlo santo surge y corre la pregunta ¿Cuándo rezaba D. Bosco? Y Pio XI, que lo conoció siendo joven, replicará y ¿Cuándo no rezaba?. D. Bosco gozaba de la unión constante con Dios y tras los accidentes de sus múltiples actividades materiales, aparecen los tesoros sobrenaturales de su santidad (D. Ceria)

La santidad no se puede medir, solo Dios conoce su profundidad y su secreto. D. Bosco tenía espléndidas cualidades humanas, pero por naturaleza no era el hombre paciente, manso y dulce que conocemos.

El sentido del equilibrio, el progreso gradual y la armonía son las características de su itinerario hacia la santidad.

Pero los santos no nacen, se hacen. Así D. Bosco, comienza su camino en la familia. Aprendió de su madre, Mamá Margarita, el amor a la oración (rezaban juntos el rosario al terminar la jornada de trabajo), el sentimiento vivo de la presencia de Dios (Hecho de derramar el aceite "Dios te ve"), la ingenua admiración de sus obras en la creación (cielo estrellado), la gratitud por sus beneficios (buena cosecha), la conformidad con su santa voluntad (muerte del padre), el acoger a todos (guardia y fugitivos), la caridad sin humillar (comida al vecino), la fortaleza ante las adversidades (tiempo de hambre, matan la vaca).

Serenidad y bondad en el trato

En su plena madurez, D. Bosco posee realmente un heroico y seguro dominio de sí mismo. Pero no siempre había sido así. Su natural era pronto y fogoso (siendo joven estudiante volteó a un compañero y lo utilizó como maza para defender a su amigo Luis Comollo, que se espantaba de su fuerza y sus arrebatos). Poseía una paciencia y calma superiores a todo elogio y una dulzura de trato sin par (lo comparaban con nuestro Señor)

Esta dulzura de trato, su mirada serena y comprensiva, su diálogo personal con quien se le acercaba atraía a los jóvenes de manera que cada uno estaba convencido de ser "el preferido" de D. Bosco. Es un educador que ama y sabe hacerse amar practicando en grado heroico la templanza. Coordina las exigencias de la autoridad con la libertad y espontaneidad de los jóvenes, sabe adaptarse a las exigencias de la movilidad juvenil sin caer en el permisivismo; se da cuenta de todo, pero sabe también con prudencia y santa habilidad, disimular. Fruto de su templanza interior es su constante actitud de conversión, el señorío de sí mismo, la mansedumbre y la amabilidad que le ganan los corazones

Devoción y amor a la Virgen

Para D. Bosco, María tiene un puesto especial en su vivencia de fe. El pensamiento de María la invocación a María nunca dejó de vibrar ni en su corazón ni en sus labios.

Desde la infancia, en casa, había mamado la devoción a María Santísima. En circunstancias solemnes o en momentos críticos su madre le recomendaba "¡Se devoto de María!". Y a medida que crecía gustaba cada vez más la dulzura de esta devoción hecha de absoluta confianza y filial amor.

En el sueño de los nueve años, recibió a la Virgen como maestra que le va a orientar y guiar en su labor. Antes de partir para el seminario recibió de su madre esta gran advertencia: "Cuando viniste al mundo, te consagre a la Santísima virgen; cuando empezaste tus estudios te recomendé la devoción a Nuestra Madre; ahora te recomiendo que seas enteramente suyo: ama a los compañeros devotos de María y si llegas a ser sacerdote, recomienda y propaga siempre la devoción a María".

Procuró hacerlo, se rodeó de compañeros devotos de la Virgen, algunos de los que le sobrevivieron declararon sus irresistibles invitaciones a seguirle a la Iglesia para rezar las Vísperas de la Virgen u otras oraciones en honor a la Madre de Dios.

Cuando aún era estudiante de filosofía, se consideró muy dichoso en subir por primera vez al púlpito para pronunciar un discurso sobre la virgen del Rosario, primicia de su multiforme predicación mariana hasta su muerte.

María, siempre presente en su vida, es invocada al principio como madre, luego como Inmaculada. Su obra comienza precisamente un día de la Inmaculada (8 diciembre 1841) con el

rezo del Ave María en el encuentro con Bartolomé Garelli. Más tarde junto con sus jóvenes invocará a la Virgen como la Consolata (Nuestra Señora de consolación), por último María será honrada con el título de Auxiliadora, ya desde entonces indiscutiblemente unida a D. Bosco, que es para los jóvenes signo de esperanza, ayuda y consuelo.

D. Bosco procuraba infundir en los demás la confianza filial que hacia Ella sentía. Constantemente brotaban de sus labios filiales advocaciones y acciones de gracias por los innumerables beneficios recibidos del poder de María Auxiliadora. Con frecuencia exclamaba “¡Cuan buena es María!” En sus cartas encontramos a menudo frases como: “la Santísima Virgen nos conserve siempre suyos”. “Recurre con fe a María, Ella es madre piadosa que quiere y puede favorecer a sus hijos”. Se le oyó decir que no había dado un paso sin recurrir a María.

Su deseo era llevar a todos sus hijos (salesianos y jóvenes) a los pies de María, ofrecérselos a Ella, ponerlos a todos bajo su protección y hacer que todos sean santos. “La Santísima Virgen os bendiga a todos y nos ayude desde el cielo, mientras nosotros ponemos el mayor empeño para merecer su santa protección en la vida y en la muerte”.

El cuadro que preside el altar mayor en la basílica de Turín es significativo. La virgen en el centro, en alto, entre coros de ángeles. Alrededor y más cerca de Ella los apóstoles, luego mártires, profetas, vírgenes, confesores... abajo emblemas de las victorias de María y los pueblos de la Tierra en actitud suplicante. Hubo que recortar; el pintor, Lorenzone, le dijo que aquello que él describía no cabía en el cuadro a pesar de sus enormes proporciones. Pero D. Bosco lo describía con tal abundancia de palabras, con tanto colorido y tantos detalles que parecía describir el espectáculo que estaba contemplando.

D. Bosco sintió palpablemente la protección de la Virgen a lo largo de su vida: una bala de fusil le atravesó la manga entre el brazo izquierdo y el pecho mientras explicaba el catecismo. Dos sicarios lo esperaban en la plaza del Castillo para apuñalarlo, oportunamente acudió gente y huyeron. En dos ocasiones lo llamaron para asistir a un moribundo fingido y se libró milagrosamente. Intentaron envenenarlo, asesinarlo, escapó de un bandido al que habían pagado para matarlo, amenazado con arma de fuego en su cuarto, alguien lo sospechó y entró oportunamente. El perro gris lo salvó en cuatro ocasiones apareciendo de improviso y acompañándolo en sus salidas muchas más. Después de estos “encuentros” quien hubiera buscado a D. Bosco lo encontraría, no en la comisaría denunciando a... si no dando gracias al Señor y la Virgen.

¿Y las deudas? Sus cuentas siempre estaban en números rojos. En las buenas noches les pedía a sus muchachos: “Orad y los que puedan recibid la comunión y ofrecedla por una gracia que necesito. Ya os diré cual es” y algunas noches después relataba como un señor rico vino a traerle la cantidad que necesitaba, añadiendo “La Virgen Santísima, hoy mismo, nos ha obtenido este beneficio. Démosle gracias y continuemos rezando.”

Al final de sus días, ya en el lecho de muerte se alegraba de recibir a menudo la bendición de María Auxiliadora. Habitualmente tenía el rosario en la mano. Una vez besando la medalla de la Virgen exclamó: “siempre he tenido gran confianza en la Virgen”. Aunque no lo hubiera dicho bastaba ver como besaba su imagen para comprenderlo.

A finales de diciembre dijo a algunos superiores: “recomiendo a los salesianos la devoción a María auxiliadora y la frecuente comunión”. A Don Rua le pareció que ese podía ser el motivo

del aguinaldo del nuevo año para las casas y se lo dijo. D. Bosco le respondió: “NO, sino para toda la vida”.

PARA DIÁLOGO EN GRUPO

1. Subrayemos lo que más nos ha llamado la atención del Tema
2. ¿Hemos aprendido hoy algo nuevo de Don Bosco?
3. Dialogar sobre lo que más os ha llamado la atención
4. ¿Has sentido en tu vida alguna vez la protección de la Virgen?
5. ¿Qué importancia tiene en vuestra vida de familia la Virgen?
6. ¿Enseñáis a vuestros hijos a tener amor a la Virgen?